



Pensando en Venezuela una reflexión personal...

Dolly A. Cardozo Ch.
doalca@hotmail.com

La sociedad venezolana se asoma con un marcado matiz de decadencia, pareciera invadirnos un cansancio moral, donde resulta notorio el debilitamiento de los valores fundamentales como la honestidad, la equidad, la responsabilidad y la justicia. Estamos inmersos en una sociedad permisiva en la que es frecuente observar la pasividad de muchos de nosotros ante conductas contrarias a los principios democráticos de convivencia o pautas de comportamiento que son socialmente rechazables. La corrupción y el fraude están instalados en nuestra nación y muchos de quienes se lamentan de ello, son frecuentemente actores de la delincuencia de "cuello blanco" o son los que cometen actos delictivos sin reconocerlo, como el fraude fiscal o el enmascaramiento de negocios ilegales.

En este marco, no resultan

menos ciertos algunos hechos más domésticos y cercanos a nosotros como individualidad, acusamos de corrupción a los políticos, pero aceptamos como normal en muchos momentos de nuestro día a día y en el ámbito tanto personal como social, acomodar una y otra vez, nuestro referente ético, en la búsqueda de resultados que nos resulten más favorables, nos quejamos de la basura expuesta en las calles y avenidas de nuestras ciudades, pero arrojamamos papeles a la vía pública sin el menor sonrojo. Esa anomia es la disociación que nos acompaña muchas veces en la esfera pública o privada.

Al observar esa realidad desde una óptica crítica, se hace necesario revisar qué nos sucede como individualidad, como ciudadanos, como integrantes de una comunidad que llamamos Venezuela. Una simple ojeada al acontecer nacional, un transitar por

los hechos noticiosos que publican los diferentes medios de comunicación, una mirada un tanto acuciosa a nuestro alrededor, revela como el comportamiento personal en la esfera de lo social y productivo, ha tomado un rumbo que desborda la voracidad para obtener beneficios personales, dejando de lado los principios y valores más representativos de la dignidad humana.

Esas conductas reiterativas se dan generalmente propiciadas por un interés de obtener dinero, y disfrutar de todos los beneficios que ello implica (influencia, posición, poder, prestigio, estabilidad etc.) En muchos casos ese interés lleva a las personas, naturales y jurídicas, a cometer actos que perjudican a las instituciones, al Estado y a la sociedad.

Ante esta abrumadora realidad, surgen muchas interrogantes ¿Qué papel estamos jugando en este acontecer? ¿Qué estamos haciendo por nuestro país? ¿Qué nos corresponde como universitarios?...En la búsqueda de respuestas se puede recurrir a diversos caminos. Lo que a nosotros nos compete es la educación y en tal sentido podemos convertirnos en actores fundamentales.

Aún cuando en el medio académico se plantea con insistencia la conveniencia de formar integralmente a los profesionales, durante el proceso de educación universitaria poco se les habla sobre la ética profesional y mucho menos de la conducta de tipo moral que deben practicar, una

vez egresados de la universidad en el desempeño de sus profesiones al servicio de la sociedad.

Resulta cada vez más notorio encontrar en diversas actividades del ámbito público una cierta desorientación generalizada que se manifiesta en actitudes escasamente constructivas o valiosas, en términos de moralidad pública. Es común observar que muchas de sus actuaciones vienen acompañadas con una cierta inversión de valores, una creciente laxitud en el cumplimiento de las normas y un continuo descrédito de virtudes públicas.

No se trata sólo de mover la cabeza al sentir que las cosas marchan mal, ni de promover o exaltar valores y actitudes de una época pretérita. Nuestro papel como educadores, como docentes universitarios debe orientarse a no incurrir en la indiferencia, pasividad y desorientación indiscriminada. No podemos pretender cerrar los ojos y enmudecer ante las circunstancias que vive la sociedad venezolana, pues eso nos convertiría en cómplices silenciosos de la crisis ciudadana.

Es necesario crear espacios de reflexión en las universidades a partir de la interacción entre estudiantes y profesores, en un escenario plural, de discusión racional que valore el disenso y la diversidad, donde día a día pueda construirse identidad, autonomía y responsabilidad, a partir de una relación abierta y plural, entre profesores y estudiantes y entre éstos y el conocimiento. En la enseñanza es

importante que el estudiante pueda pensar, elegir y evaluar con el fin de estimular en él criterios para discernir, procurando que el valor central de esas decisiones sea la dignidad humana como responsabilidad y tarea.

Es urgente e impostergable como universitarios, contribuir en lo posible a ordenar el desastre, no ya a evitar lo inevitable, pero sí a construir algo aceptable para el mañana. Como respuesta a esta situación, el profesor universitario, está llamado a enarbolar la bandera de la dignidad humana, transmitiendo a sus estudiantes desde cualquiera de las cátedras que tiene el privilegio de impartir, como esa dignidad le da contenido y sentido a todo nuestros compromisos y acciones y hace posible la creación de un mundo más humano.

Debemos educar para evitar permanecer en el mundo de enfren-tamientos que vive actualmente nuestro país y que está llevando el destino colectivo de Venezuela a gobernarse por emociones de baja calidad.

En nuestro país, nación de suelo tan rico y fértil, tan lleno de riquezas naturales, el florecimiento de esas emociones un tanto turbias están dejando crecer impávidamente como hierba el miedo, que parece haber penetrado el corazón y el alma de la sociedad venezolana y una sociedad dominada por el miedo no tiene tiempo siquiera para reflexionar sobre sí misma. No podemos permitir que nuestra sociedad enferme de miedo ya que eso tendría consecuencias nefastas

para nuestro crecimiento y desarrollo.

Ese crecimiento y desarrollo debe darse bajo un ambiente de libertad. El problema se presenta si perdemos esa libertad. La libertad es no tener miedo a la mirada y a la palabra del otro, del diferente. Pero también no tener miedo de ser mirados y escuchados por los otros. No debemos olvidar que la libertad hay que hacerla, construirla en colectivo y es imposible hacerla sobre el miedo del otro que, aunque diferente, es como nosotros.

Debemos ser conscientes de que esta coyuntura que vive nuestro país, pareciera no invitar al optimismo. Pero siendo conscientes, también hay que decir que es precisamente en los momentos de crisis cuando se demuestra cuál es la apuesta principal de cada uno, dónde se desea hacer los esfuerzos y cuáles son las prioridades. La apuesta principal es clara, tiene un bellissimo nombre VENEZUELA y la universidad como institución y nosotros como universitarios, en el cumplimiento de nuestra responsabilidad con la sociedad en general, debemos asumir como acción prioritaria, en estos momentos, la de fomentar la reflexión y el debate sobre las causas y posibles soluciones para hacer de nuestra patria lo que ella merece, una tierra libre y fértil para sembrar esperanzas y cosechar sueños realizados.